

A photograph of a man in a white jacket and pants standing in front of a graffiti wall. The man is looking directly at the camera with a serious expression. The graffiti behind him includes a large, stylized figure and some text like 'legion' and 'yahyo'.

Janusz
Glowacki

A vuela
pluma

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

JANUSZ GŁOWACKI

A vuela pluma

Traducción de
Anna Rubió y Jerszy Sławomirski

Galaxia Gutenberg

One way ticket

La noche del 18 de diciembre de 1981 me abrí paso a través de una multitud de setas, ángeles, Papás Noel y enanitos para salir en la gala navideña más vista de la televisión británica. Suena bien y todo habría ido de perlas, si no hubiera sido por las circunstancias.

El caso es que diez días antes, todavía en mi pisito de la calle Bednarska de Varsovia, me había ceñido mis mejores pantalones negros de pana fina con un cinturón de piel porcina repujada, había sacado lustre a mis zapatos y, empujado por el afán de lucro y de fama, había viajado hasta Londres para asistir al estreno de mi *Cinders*, es decir *La Cenicienta*, en el Royal Court Theatre. Dejé atrás las huelgas, las negociaciones, los porrazos de los antidisturbios y el régimen comunista que tambaleaba a ojos vistas. Y también a mi madre, a mi hija Zuzia, de dos años y medio, a quien prometí traer una muñeca, y a Ewa Zadrzyńska, por aquel entonces mi novia y más tarde mi mujer, que me ha prohibido mencionar su nombre en este relato siquiera una vez, ya que no se hace ilusiones en cuanto a su nivel ético. Yo se lo he prometido, pero no he cumplido mi palabra, igual que la mayoría de las veces que he hecho promesas, tanto a ella como a otras mujeres.

Como es natural, ninguno de mis amigos de Varsovia me había creído ni por un segundo cuando anuncié con ínfulas que uno de los mejores teatros de Londres iba a estrenarme una obra. Claro que asentían con la cabeza cortésmente y me felicitaban, pero a mis espal-

das intercambiaban gruñidos de entendimiento. Como mi billete de vuelta era para el 22 de diciembre, llevé conmigo sólo una maleta vacía para los regalos, una muda de vaqueros, dos camisas y veinte libras esterlinas en efectivo.

Entonces me pareció que aquello bastaría.

Me alojaba de balde en el hotel Holiday Inn y mi capital empezó a aumentar vertiginosamente, porque me pagaban por participar en los ensayos, no como en Polonia, donde el autor sólo es admitido en el teatro a regañadientes. Los actores eran impecables, y el director, Danny Boyle, el de la película *Trainspotting*, también. Ya en el primer ensayo me cercioré de que *Cinders* era una obra sólida, al contrario de *La Cenicienta*, después de cuyo estreno en Polonia yo me había jurado no escribir nunca más teatro. Los tres cónsules de Polonia en Londres, los señores Kopa, Séomka y Mucha, llamaron al teatro para anunciar que vendrían a celebrar conmigo el evento. Esto me supo a gloria, porque hasta entonces sólo había conocido a un diplomático polaco (y, por añadidura, retirado): el cónsul de Glasgow. Su punto flaco era un desconocimiento total de lenguas extranjeras. Su punto fuerte, su mujer, una actriz guapetona. Era a causa de ella que el cónsul solía pasar las vacaciones sentado en el club de la SPATIF¹ de Varsovia donde, después de ingerir unos cuantos cubatas, no tenía reparos en compartir sus experiencias en el servicio diplomático con la concurrencia. «En principio –decía–, este curro no está nada mal, si no fuera que de vez en cuando algún inglés asienta el culo en tu despacho y pide algo. Diréis que no hay para tanto, pero el caso es que esos tíos hablan tan raro que no se les entiende ni papa.»

1. Asociación de Actores de Teatro y de Cine de Polonia. (*Todas las notas son de los traductores.*)

Por la noche, al terminar el ensayo, iba con los actores a algún pub de Sloane Square a tomar unas *guinness*, y Jaruzelski, Brezhnev, Waé [sa, Kuroń y Michnik me parecían cada vez más lejanos. No cabía en mí de orgullo y esperaba tranquilo la noche del estreno.

Pero el 13 de diciembre, el día en que Ewa, mi novia de entonces, iba a tomar el avión de las ocho para visitar Londres, comprarse algo de ropa y asistir a la fiesta del estreno, me despertó el teléfono a las siete de la mañana. Me llamaba mi amiga Nina Smolar con la noticia de que el general Jaruzelski había empezado la operación que mis lectores polacos conocen tan bien. Añadió que tal vez aún permitirían que saliera el primer avión y que, de ser así, yo tenía que llevar inmediatamente a Ewa a la BBC, donde el marido de Nina, Gienio Smolar, dirigía la sección polaca.

—Vale, vale —le contesté, reaccionando lentamente por culpa de las *guinness* de la víspera.

No fue hasta después de colgar el teléfono que me incorporé en la cama, tieso como el vampiro de la famosa película de Herzog.

No permitieron que saliera el primer avión. Pero gracias a aquella operación del general Jaruzelski y al sufrimiento de la nación polaca, yo, un escritor desconocido de provincias, me convertí en una celebridad de la noche al día.

Aunque los cónsules Séomka, Kopa y Mucha no hicieron acto de presencia en el estreno, una gran muchedumbre se amontonó delante del teatro. Los periodistas hacían cola y en sus críticas subrayaban a una voz el carácter antitotalitario de *La Cenicienta* y su humor tétrico y kafkiano.

De ahí que el 18 de diciembre enfilara un largo y ancho pasillo forrado de alfombras y cuadros y me abriera paso a través de una multitud de setas, ángeles, Pa-

pás Noel y enanitos para salir en la gala navideña más vista de la televisión británica. En la solapa de una americana de la colección de Barbara Hoff para los grandes almacenes Junior me había clavado un pin de Solidar-nośc. Avanzaba, ora de prisa, ora despacio, avergonzado de los pensamientos que se me agolpaban en la cabeza y que más o menos eran éstos: «¿Por qué diablos he aceptado hacer el payaso por la tele? Pagar pagan, eso sí, y además en libras esterlinas, pero tampoco tanto, y mi fama se desvanecerá en menos que canta un gallo. Y si suelto lo que pienso de la ley marcial, mi querida hija no verá la muñeca que le he prometido ni dentro de cien años. Es verdad que uno puede jurar y perjurar delante de las cámaras que la política le importa un pepino, y que sólo le interesa el arte. Pero ¡qué bochorno más horroroso! ¡Y, después, cómo mirar a la cara a ese patriota que ha intentado convencerme de que cruce la frontera con un camión lleno de armas para Solidar-nośc! ¡Aunque es un agente de la secreta, me escupirá a la cara en público! Además, ¿quién les ha dado mi número de teléfono a los de la tele? Seguramente, un polaco envidioso que quiere hundirme. Y otro asunto espinoso: ¿cómo hablar de una tragedia nacional con un horrible acento? ¡Y Dios me libre de cometer algún error gramatical!».

Sumido en estos pensamientos, avanzaba por el pasillo, empujado por una preciosa actriz inglesa, y en los últimos tiempos también traductora, que en aquel momento me caía gorda por ser la culpable de todos mis problemas.

Hacía algunos meses había venido a Varsovia. Eso coincidió con una época en que me las arreglaba bastante bien. Aunque el guión para Himilsbach y Maklakiewicz que tiempo atrás había engendrado en colaboración con Marek Piwowski y que iba a ser una versión

polaca de *Easy Rider* no tenía ninguna posibilidad, una editorial clandestina acababa de sacar mi libro sobre la huelga de los astilleros de Gdańsk, que la censura había prohibido publicar legalmente. Y Suecia y Alemania del Oeste emitían algunas de mis obras radiofónicas. El único problema es que, cuando a uno las cosas le empiezan a ir bien, se le va la olla.

A aquella actriz le endilgué un rollo macabeo. La llevé a Ściek, a la SPATIF y, finalmente, a la calle Bednarska. Consciente de las sagradas leyes de la hospitalidad, me desmelené, y ella me lo agradeció poniéndose de inmediato a traducir mi texto. Para colmo, hinchó tanto la cabeza a los productores londinenses que uno se divorció y el otro accedió a representar mi obra.

Presa de malos pensamientos, llegué a la sala de maquillaje, donde me dieron una mano de pintura, me empolvaron, me regaron el pelo con colonia, me peinaron, y me hicieron esperar. Mientras tanto, delante de las cámaras, un famoso presentador se partía de risa, dándole palmadas en la espalda a Paul Mc Cartney. Los dos iban mucho mejor vestidos que yo, así que enseguida empecé a consolarme repitiendo para mis adentros que no importa lo que uno se enjarete y que los últimos serán los primeros. Entonces, alguien me dio un empujón y me encontré a plena luz de los focos. A pesar del maquillaje, mi aspecto debía de reflejar mi estado de ánimo, porque mi aparición apagó la sonrisa en los labios del presentador. Una mueca de dolor le desencajó el rostro y en sus ojos brillaron unas lágrimas. Cariñosamente, me hizo sentar en el sillón y durante un buen rato se limitó a menear la cabeza sin decir nada, hasta que, finalmente declamó:

—Sin embargo, no todo el mundo goza de paz y felicidad en estas fiestas de Navidad. Tenemos aquí con nosotros al *Polish playwright Djanus Glovaki*. Todos

sabemos lo que ha pasado hace tan sólo unos días en su infortunada patria. *Djanus*, cuéntenos en qué estás pensando en estos momentos.

Y entonces, muy preocupado por no confundir el presente con el pretérito perfecto ni *she* con *he*, pronuncié con voz de ultratumba algunas frases sobre la noche que había envuelto Polonia. El presentador se quedó momentáneamente patitioso de dolor y, al volver en sí, me dio un apretón de manos fuerte y masculino, exhortándome a no perder el coraje, lo cual era totalmente imposible, ya que nunca lo había tenido. La sonrisa volvió a iluminar su rostro mientras exclamaba:

—¡Y ahora las propuestas de Gianni Versace para la Nochevieja!

Yo quería quedarme un ratito para mirar, pero alguien me tiró de la americana por detrás y alguien más me empujó hacia la caja. Me gratificaron con doscientas cincuenta libras y me pusieron de patitas en la calle. En un primer momento, quise dirigirme a Portobello Road para comprarle a mi traductora unos pendientes de oro que le había prometido, pero se dio la circunstancia de que justo en aquel momento desfilaba por la calle una manifestación bastante numerosa de compatriotas míos que hacían ondear por encima de sus cabezas un muñeco del general Jaruzelski de tamaño natural colgado de una horca reproducida a pequeña escala, mientras que los anarquistas, que se apuntan a un bombardeo, se habían sumado a la comitiva aporreando los bombos. Así las cosas, me sumé yo también.

Delante del consulado, nos esperaba un nutrido destacamento de la policía inglesa. Nos colocamos frente a ellos, gritando las consignas adecuadas para la ocasión hasta que las cortinas se corrieron y asomaron a la ventana, en primer lugar, los rostros ominosos de mis espectadores frustrados, los cónsules Kopa, Séomka y Mucha,

y, después, el ojo de una videocámara. Como respuesta, los propietarios de pasaportes polacos, quejándose del frío, iniciaron de inmediato la acción de levantarse el cuello del abrigo y calarse la gorra hasta la nariz. «Tienen miedo», pensé con desdén, y entonces me di cuenta de que tenía el cuello del abrigo levantado y la gorra caída hasta la nariz.

Las fiestas estaban en su apogeo. Y de Polonia o bien llegaban noticias lúgubres o bien no llegaba ninguna. Mi situación también empeoró.

Es cierto que las críticas habían sido entusiastas, pero mi estancia pagada en el hotel había terminado y, para colmo, llegó el marido de mi traductora que, dando muestras de un egoísmo típicamente británico y de una completa falta de sensibilidad ante la desgracia de un polaco, le prohibió dormir conmigo.

Por suerte, Adam Zamoyski, un escritor e historiador a quien *Cinders* había gustado mucho, se disponía a alquilar o poner en venta uno de sus apartamentos con vistas al Hyde Park y, temporalmente, me dejó pasar allí las noches. O sea, que cada mañana me despertaba presa del pánico, con la sensación de que algo iba mal, y tardaba en volver a la realidad hasta que llegaba Adam, se subía a una escala para pintar con sus propias manos el techo con molduras y se ponía a darme consejos. Básicamente, se trataba de si yo debería regresar a Polonia o todo lo contrario.

Mientras tanto, preparando el café con manos temblorosas y atento a no manchar una flamante alfombra que cubría el suelo en la cocina, yo lo escuchaba sin oírle. Y después, vagaba por un Londres festivo atiborrado de árboles de Navidad, engalanado con bolas de vidrio y abarrotado de Papás Noel.

Si hubiese habido vuelos a Polonia, seguramente habría cogido alguno. Porque más o menos podía ima-

ginar lo que me esperaba en Varsovia además del alivio de mi añoranza: algo que no sería nada agradable, pero que me resultaba familiar. En cambio, lo que me ocurriría en el extranjero se me perfilaba con menos nitidez. Era cierto que mi obra de teatro iba viento en popa, pero nadie se gana el pan con esto. Jerzy Giedroyc hizo un esfuerzo personal para encontrarme y publicó un fragmento de *El poder tiembla*, es decir, de mi libro sobre la huelga de los astilleros de Gdańsk, y hasta lo mandó a la elegante editorial parisina Flammarion. Por desgracia, se lo devolvieron junto con una carta de la redactora responsable de la sección polaca, donde recomendaba que el señor Géowacki aprendiese a escribir en polaco antes de ponerse a hacer literatura. En estas palabras capté un tono siniestro, porque aquel librito era el monólogo de un mísero obrero de los astilleros de Gdańsk que había perdido la capacidad de discernir entre el bien y el mal y, sin saberlo, se había convertido en confidente de la secreta. Y tampoco sabía muy bien por qué se había sumado a la huelga, de manera que en esta novela no hay ni por asomo elevados arrebatos patrióticos. Sólo calles tristes, restaurantes sin comida, ciudades abarrotadas de secretas, huelgas lideradas por confidentes, miseria y compañía, ¡y al protagonista aquello le parece de lo más normal! Para colmo –y eso es justo lo que sacó de quicio a la redactora de Flammarion– lo cuenta todo con un lenguaje que ha dejado de ser un instrumento de comunicación en el sentido tradicional del término para convertirse en una mezcla de los eslóganes socialistas con la jerga del lumpenproletariado, es decir, en vete a saber qué. Ya en Polonia, *El poder tiembla* no había sido bien recibido por los críticos; no era pues de extrañar que en un país normal nadie le viera ninguna gracia. En resumidas cuentas, mis perspectivas eran chungas.

O sea que paseaba por Londres, a veces tenía alguna cita con un agente literario, concedía entrevistas a cualquiera y me sentía cada vez más desazonado, porque las noticias de mi país en la prensa local eran bastante horribles, y los rumores eran todavía peores: inundaciones de minas con los huelguistas dentro, fusilamientos de soldados rebeldes. Por el contrario, en la radio oficial polaca, paz, alegría y entrevistas con fabricantes de buñuelos. Y, en medio de todo aquello, mi hijita, mi mamáita y mi novia. ¿Qué hacer, pues? ¿Regresar o no?

Tengo que admitir que, fuera de las consideraciones de tipo patriótico o familiar, en favor del regreso hablaba el mero cálculo profesional. Aquella ley marcial me venía como anillo al dedo. Durante toda la vida me había repetido a mí mismo con envidia que Norman Mailer, Joseph Heller, Hemingway o Babel tenían sobre qué escribir. ¡Y he aquí que el tema llama a la puerta y yo no estoy en casa! No me lo perdonaré mientras viva. Entonces, ¡hay que regresar!

Sin embargo, Adam me lo desaconseja desde lo alto de la escalera. «No sé qué posición tienes en Polonia. Pero los de allí tienen un pie en el cuello, mientras que tú puedes escribir toda la verdad sin censura y encontrarás editores a porrillo.»

Siguiendo el consejo de Adam me senté, ni corto ni perezoso, en un pub irlandés y me puse a escribir como escritor no sólo liberado, sino liberado a todos los efectos, lo cual resultó una empresa más difícil que hacerlo de una manera normal y corriente.

Me mordisqueaba los labios, sorbía mi *guinness* y los músculos se me tensaban debajo de la piel; escribí durante toda una semana, y después durante otra. Cuando llegó la tercera, lo pasé todo a limpio y me avergoncé. En mi relato, la ira era justificada y la indigna-

ción brillaba como el oro. Los antidisturbios tenían ojos fríos y sonrisas crueles, mientras que, los activistas de Solidarność perseguidos, justamente todo lo contrario. En resumidas cuentas, tiré el manuscrito a la basura y me puse aún más nervioso, porque ¿y si me habían liberado demasiado tarde, cuando ya era inválido de por vida, un inútil, un individuo incapaz de dar un solo paso sin censura? Durante los últimos decenios me había exprimido las meninges para escribir algo verdadero, pero de un modo lo bastante sutil para que me lo publicaran. ¡La de cosas que había hecho para esquivar y trampear la censura! Por ejemplo, ¿adónde trasladar la acción del drama o del libro, a qué país o a qué siglo, para que se comprendiera la alusión sin que nadie se diera por aludido? ¿Con qué parábola adormecer la vigilancia del censor? El Imperio romano se prestaba muy bien a ello, y la inquisición española tampoco se quedaba manca. Y, utilizando recursos más sencillos, siempre se podía echar mano de una cárcel o un reformatorio para chicas, como en el caso de *La Cenicienta*. Hay que reconocer con el corazón en la mano que los lectores y los espectadores de la República Popular de Polonia eran particularmente diestros en el arte de captar alusiones, y que lo hacían incluso allí donde no las había. Bastaba con decir que el protagonista era alcohólico, tenía joroba o le ponía cuernos a su mujer para que nadie tuviera dudas de que el culpable de todo era el comunismo y el autor recibiera un baño de aplausos.

El 20 de diciembre, si la memoria no me falla, se anunció que Varsovia permitiría que saliera un avión y entrara otro. Para comprobarlo, fui al aeropuerto de Heathrow. El avión de la LOT llevaba retraso, y yo me mezclé con la muchedumbre triste y callada que se preparaba para recibir a los polacos que volvían a Londres. Todos se miraban de reojo. Los pins de Solidar-

nośc, que antes del 13 de diciembre eran obligatorios en todo traje, habían desaparecido por completo.

Finalmente, el avión de Varsovia aterrizó y los pasajeros, principalmente extranjeros que habían quedado atrapados por la ley marcial, empezaron a salir, mientras que los viajeros en tránsito se escabullían detrás de un tabique de metacrilato. Entre ellos vi al profesor Jan Kott. Regresaba a América después de participar en el Congreso de Cultura, interrumpido por la proclamación de la ley marcial. Caminaba por la zona de tránsito, separado de mí por el plástico transparente. Intenté llamar su atención dando puñetazos en el tabique, pero el profesor no me oyó. En cambio, dos días más tarde fui yo quien lo oí hablar en un programa de Radio Europa Libre. Hablaba de la noche que había envuelto Polonia, y los soldados entumecidos de frío que se calentaban junto a los braseros le trajeron a la mente la imagen de las prostitutas de Roma agolpadas alrededor de las hogueras. Aquel breve relato, que al general Jaruzelski le provocó un ataque de furia, encerraba a Jan Kott al completo, con toda su interpretación de la literatura y del mundo. Tragedia envilecida y farsa sublime.

Por el momento, respiré profundamente, regresé al centro de la ciudad y volví a vagar por Londres. Me sentía algo más animado, porque Andre Deutsch, una editorial londinense de prestigio, de algún modo misterioso había caído en la cuenta del intrínquilis de mi libro *El poder tiembla* y había firmado el contrato para publicarlo.

Por la noche, acabada la función, visitaba algún pub irlandés que otro acompañado de los actores de *La Cenicienta* y, jarra de cerveza en mano, los enternecí con mis historias sobre las hordas de Jaruzelski que recorrían la patria de Chopin cubierta con un manto de nieve.

Una vez, cuando el pub había cerrado y yo volvía andando al piso de Knightsbridge que Adam casi había terminado de acicalar de cara a su venta, oí un par de tacones altos repicar sobre los adoquines a mis espaldas y me dio alcance la actriz que hacía el papel de hermana malvada en *La Cenicienta*. Con lágrimas en los ojos, me confesó que, al verme caminar solitario por la ciudad adormecida, se había acordado del protagonista de la película *El hombre de hierro* de Andrzej Wajda y, para levantarme el ánimo, había decidido hacer todo lo que puede hacer una actriz joven. En este punto me veo obligado a advertir que quien se atreva a sostener en mi presencia que *El hombre de hierro* es una ingenua obra *kitsch* con la estética del realismo socialista tendrá en mí un enemigo implacable.

Muchos polacos atrapados en Londres por la ley marcial se quejaron de que la llamada vieja emigración no se ocupara de ellos. Yo, al igual que Blanche, la protagonista del drama de Tennessee Williams *Un tranvía llamado deseo*, era más optimista al respecto. Blanche, cuando ve que todo el mundo la ha dejado en la estacada, coge confiadamente la mano del psiquiatra que, por encargo de la familia, ha venido para encerrarla en un manicomio y, de paso, pronuncia mi frase preferida: «Siempre he sabido que en cualquier circunstancia una puede contar con la amabilidad de los desconocidos».

¡Cómo no! El 29 de diciembre, es decir, recién terminadas las fiestas, el propietario de un restaurante polaco de categoría, un patriota amante de la literatura, me propuso el puesto de camarero a cambio de una remuneración muy decente. Poco tiempo después, una actriz joven y con talento, que había emigrado un año antes para casarse con un carpintero, pero que no era feliz porque seguía sintiendo la llamada del arte, me hizo una oferta muy lucrativa para actuar a su lado en

un espectáculo erótico para aristócratas ingleses. Un conocido de mis años mozos, Wéadek Aspiryn, un dinámico comerciante de medicamentos caducados que más tarde, ya en la patria libre, haría carrera política con las denuncias a empresarios deshonestos, quiso perpetrar conmigo un atraco a una joyería que llevaba mucho tiempo planeando.

También quiso asociarse conmigo Tadek Brazos Largos. En los años cincuenta, Tadek era conocido con otro apodo: El Pescador. En aquella época la gente no tenía nevera y colgaba en la ventana con un cordel las liebres que había comprado para el Domingo de Resurrección. Tadek era propietario de una caña de pescar extensible producida en la RDA que podía alargarse hasta la altura de un segundo piso. En su extremo fijaba una hoja de afeitar de la casa Gerlach, y las liebres caían directamente a una bolsa abierta. En Londres, Tadek había cambiado de especialidad y se dedicaba al contrabando de relojes a escala internacional. Es decir, con dos maletas atiborradas de relojes, tenía que escurrirse con andares de bailarín por la puerta verde, obsequiando a los aduaneros con la mejor de sus sonrisas. Eran sólo cincuenta y seis pasos, pero aquellos relojes le estiraron los brazos. A eso se debía su apodo y la oferta laboral que me hizo.

A raíz del éxito londinense de *La Cenicienta*, desde América me llegó la oferta de impartir un curso sobre Kafka, Chéjov y Dostoievski en el exclusivísimo Bennington College de Vermont, donde en su tiempo había enseñado Erich Fromm y por aquel entonces daban clases de literatura y teatro Bernard Malamud y Bob Wilson.

Tras largas deliberaciones y luchas internas, me decanté por esta proposición, aunque fuese la menos atractiva desde el punto de vista económico.

Tres semanas más tarde, estrechando contra mi pecho el impreso rosa de invitación confirmado oficialmente por el Departamento de Estado, me abrí paso a través de una muchedumbre de católicos y musulmanes, y con la sonrisa dolorosa propia de las víctimas de persecuciones políticas, lo extendí sobre el escritorio del cónsul. Estaba seguro de que los hombres de Ronald Reagan, que había recibido con tanta repugnancia la noticia de la proclamación de la ley marcial tachando a Jaruzelski de general ruso con uniforme polaco y llamando a sus secuaces pandilla de piojosos de mierda, me recibirían con los brazos abiertos. Sin embargo, el cónsul se tomó con gran escepticismo mis vehementes promesas de que mi viaje a América no tenía el objetivo de asesinar al presidente, y ni tan siquiera propagar enfermedades venéreas, sino sencillamente llenar las lagunas de los estudiantes del estado de Vermont y, en un segundo término, realizar mi sueño juvenil de poner en escena un drama en Broadway. Si yo hubiese tenido una pizca de dignidad, tras un interrogatorio de dos horas debería haberme sentido ofendido y haberme largado. Pero me acordé del consejo de Roman Wilhelmi, el director del semanario varsoviano *Kultura* donde yo había trabajado unos cuantos años: «Janusz, sé precavido con tus primeras reacciones; ¡podrían ser honestas!». Así pues, me tragué la humillación con una sonrisa hipócrita, estamparon en mi pasaporte un pase abigarrado y se abrió delante de mí la puerta de la democracia. Un par de meses más tarde me enteré de que la administración Reagan, indignada por la proclamación de la ley marcial, había ordenado poner toda clase de obstáculos a los polacos y los afganos que tramitaban el visado por miedo a que alguno pudiera pedir asilo.

Cuando volví a comparecer en el aeropuerto de Heathrow, llevaba en la mano la misma maleta con la

que había abandonado Polonia, pero mucho más cargada. Transportaba en ella el surtido de utensilios de primera necesidad que todo profesor del Este que se respete debe tener a mano al tomar posesión de una cátedra en una exclusiva universidad americana, a saber: un pobre conocimiento del inglés, dos pares de vaqueros comprados en las rebajas de Portobello Road, una edición de lujo de las tragedias de Shakespeare regalo de la actriz-traductora, dos camisas a rayas blancas y negras, o sea unos pingos *made in India* procedentes de una liquidación, un libro de Mackiewicz sobre Dostoievski robado de una biblioteca, dos botellas de medio litro de vodka puro etiqueta azul y un profundo complejo de provinciano enmascarado con orgullo, aires de superioridad y un fajo de críticas de la prensa de Londres.

Y también una buena reserva de envidia polaca, con la que después, para desahogarme, empezaría a adornar a los personajes de mis dramas, y en particular al Pulga, el protagonista de *Antígona en Nueva York*. Por desgracia, yo tenía algo en común con aquel listillo que muchos críticos de las orillas del Vístula consideraron una caricatura facilona y barata del polaco medio. No sé cuándo ni cómo se me había contagiado esta envidia, porque mis padres no padecían semejante enfermedad.

Ocupé mi sitio junto a la ventanilla. A mi lado tomó asiento una inglesa preciosa y al parecer también sumida en sus pensamientos, de modo que, por de pronto, no entablamos ninguna conversación. El avión de la Pan American dio algunas vueltas por las pistas del aeropuerto, adelantó a un Concorde y a un Iberia español, y se puso a hacer cola justo detrás de un Lufthansa y muy por delante de un China Air. Cinco minutos más tarde, despegó en serio, es decir, empezó a alejarse. Y yo empecé a sentir miedo en serio. Porque, ¿y si tenían razón, la señorita de Flammarion y los críticos polacos

que habían decidido que yo era un escritor de bares, un literato de poca monta especialista en pijos y *playboys* al que no se le había perdido nada en el extranjero?

No obstante, en Polonia yo tenía mi público y mis pequeños placeres. Las dependientas me vendían *baguettes* de tapadillo, ningún portal ni escalinata de las calles Bednarska y Krakowskie Przedmieście guardaba secretos para mí, y sabía darle a la sin hueso como pocos. Cuanto más me alejaba, más dudas me asediaban de si había tomado la dirección correcta y de si hacía bien metiéndome a codazos en la democracia y en América.

Allí no padecían de falta de escritores propios y, además, por Nueva York y sus cercanías pululaba una multitud de víctimas profesionales procedente de países castigados por la dictadura. Por no hablar de los disidentes rusos, todos ellos unos escritorzos. Claro, ¡con los antecedentes que tenían: Dostoievski, Tolstoi, Chéjov, Gogol...! Después de un Solzhenitsyn, un Brodski o, sin ir más lejos, un Aksiónov, ¿habría alguien que prestara oído a mis sufrimientos? ¡Y sólo me faltaba que las cosas se empezaran a mover en Checoslovaquia! ¡O en Hungría! Pensamientos de este calibre, llenos de exaltación patriótica, me daban vueltas por la cabeza. De todos modos, ya era demasiado tarde. Por si acaso, me puse a repasar la tabla de los mandamientos del emigrado novato que un alma compasiva me había escrito sobre una cuartilla.

1. Si estás sumido en la miseria o en la desesperación, nunca jamás lo reconozcas delante de tus compatriotas. Nadie te va ayudar y sólo aprovecharán la ocasión para rematarte.

2. En ningún caso te sinceres con gente más rica que tú. Cuando te pasen por las narices sus mujeres horrendas, sus mansiones, sus películas o sus libros, elógielos. No te puedes permitir el lujo de crearte enemigos.

3. Si alguien te ofende, sonríe. Ya te vengarás después.

4. Cuando mientas sobre tus éxitos, intenta creer en lo que dices. Esto reconforta y no perjudica. En el peor de los casos te tomarán por mitómano; pero algunos se lo tragarán y podrás sacarles algo.

5. Si alguien te pide ayuda, no se la des aunque puedas, porque no procede: podrías crearte un competidor. Pero de entrada nunca te niegues (salvo a prestar dinero, naturalmente). Promete ayudar, finge interés, y así tendrás un amigo por algún tiempo. Quién sabe si no va serte útil...

6. Sólo estás autorizado a hacer declaraciones de amor a mujeres que no quieres. No puedes permitirte el lujo de perder la independencia.

No tuve tiempo de leer los cuatro últimos porque mi vecina habló e, inesperadamente, lo hizo en polaco:

–A juzgar por sus gustos, usted es de Varsovia. –Se refería al hecho de que yo acabara de pedir por tercera vez consecutiva una ginebra doble sin tónica-. ¿Sabe qué me preguntaron en la embajada norteamericana?

–Si tenía intención de matar al presidente –adiviné-. ¿Y qué les contestó...?

Meneó la cabeza.

–¿Cree usted que ellos piensan de veras que alguien que viajara a Estados Unidos para matar al presidente les daría una respuesta sincera?

–Un país extraño –admití.

–También me preguntaron si viajaba a Estados Unidos para dedicarme a la prostitución.

–Tómeselo como un cumplido –la consolé.

–¿Lo dice en serio?

Los dos pedimos una ginebra sin tónica e intercambiamos direcciones. Yo me acordé de las palabras con las que el entrenador de nuestra selección de fútbol ani-

maba a los jugadores antes del partido: «La rojiblanca al viento, el primer secretario en la tribuna, o sea que, ¡el pepino en alto y, hala, a afeitar a esos gilipollas!». Y por mi cuenta añadí: «Janusz, no te comas el coco. Vas a un país salvaje donde la gente ni siquiera sabe quién es Himilsbach». Y me sentí mucho mejor.

Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial
Cultural 2006 concedido por el Ministerio de Cultura

Título de la edición original: *Z géowiy*
Traducción del polaco: Anna Rubió y Jerszy Slawomirski
Diseño: Gloria Gauger

Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)/
Galaxia Gutenberg
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es
www.galaxiagutenberg.com
1 3 5 7 9 6 0 1 2 8 6 4 2

© Janusz Géowacki, 2004
© de la edición en polaco: Bertelsmann Media Sp. zo. o. Varsovia, 2004
© de la traducción: Anna Rubió y Jerszy Slawomirski, 2006
© Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal), 2006

Depósito legal: B. 45972-2006
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L., Barcelona
Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica
N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenç dels Horts
Barcelona, 2006. Impreso en España
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-2302-6
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-654-5
N.º 36087